Cuando el destino nos alcance... *Terrorismo, democracia y seguridad,* de Ma. Cristina Rosas (coord.)

Mario Duarte Villarello*

Si usted está pensando leer un trabajo académico serio sobre terrorismo, que no abunde en las cuestiones típicas y trilladas que hemos escuchado o leído a raudales desde el 11 de septiembre de 2001 y sin una gota de amarillismo, entonces le recomendamos el libro *Cuando el destino nos alcance... Terrorismo, democracia y seguridad*, coordinado por Ma. Cristina Rosas, que es uno más de sus excelentes libros en coautoría que cuenta con las colaboraciones de Walter Astié-Burgos, Christian Reus-Smit, Leonardo Curzio Gutiérrez, Richard Price, Alejandro Dávila Flores, Stuart Harris, Alfonso Aragón Camarena y Benjamín Ruiz Loyola, y cuyo prólogo fue escrito por Georgina Sánchez.

Decían los sabios de antaño que los grandes cambios se suceden muy lentamente, casi de manera imperceptible, hasta que llegan a convertirse en una realidad de la vida diaria. Sin embargo, desde el ataque terrorista a las Torres Gemelas del *World Trade Center* en Nueva York, el Pentágono en Washington y la caída en los campos de Pennsylvania del cuarto avión secuestrado, los grandes cambios se dieron en cuestión de horas. Fueron cambios aún demasiado rápidos en relación con los que estábamos acostumbrados en el siglo XX. No había duda, el siglo XXI había empezado.

* Licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad Anáhuac del Sur. Realizó estudios de Maestría en Relaciones Internacionales en la FCPYS-UNAM. Especialista en temas ambientales, política internacional, comercio y desarrollo sustentable.

Y había empezado de una manera que se antojaba improbable. El impacto fue tal, que muchas personas empezaron a cuestionarse de nuevo y a replantear las interpretaciones sobre “el fin de la historia” y la “lucha de civilizaciones”. Se levantó una polvareda espesa no sólo alrededor de las zonas atacadas, sino una aún más difícil de penetrar, una que cubrió por completo al mundo en confusión y desencanto.

Cuando la polvareda se disipó, lo primero que empezamos a descubrir, poco a poco, fue que el terrorismo, como tal, había alcanzado nuevas dimensiones no sólo en el *modus operandi*, sino como fenómeno capaz de reducir a escombros además de las enormes construcciones, a los más grandes temas de la agenda internacional: la deuda externa de las naciones menos desarrolladas, la pobreza, el hambre, el comercio, la migración, el ambiente, la democracia, el narcotráfico y todo cuanto no equivaliera a un “peligro inminente” para Estados Unidos, cuando en realidad todos y cada uno de esos temas —desde entonces minimizados— pueden llegar a representar (o de hecho ya lo son) un gran peligro para todo el planeta.

Lo significativo de esto es que no fueron los causantes del terrorismo los que minimizaron dichos temas, sino los que lo sufrieron, quienes se encuentran inmersos en una paranoica sensación de persecución y necesidad de reafirmación y replanteamiento de su hegemonía: Estados Unidos. Desde el fin de la Guerra Fría y los periodos de George Bush padre y William Clinton, Estados Unidos no había tenido un gasto de

defensa tan alto, ni había intentado de manera tan desesperada dar rostro y nombre al nuevo enemigo, que por definición no los tiene, que por definición es escurridizo, que por definición es etéreo, pero real. Muy real.

El enemigo dejó de ser un Estado, con un ejército regular y fuerzas medibles. “A las estructuras verticales de los ejércitos se impone un adversario no jerárquico, horizontal, organizado en redes, disperso en diversos países, inasible. No hay interlocutor”.¹

En ese esfuerzo de dar un rostro al enemigo, Estados Unidos sólo ha mirado hacia afuera de sus fronteras confundiendo musulmanes con villanos y se ha disparado un prejuicio xenófobo reprobable, cuando en su propio territorio existen tantos grupos intolerantes que pueden llegar a ser promotores del terrorismo, que en estas épocas de mundialización o globalización pueden encontrar al otro lado del país —o del mundo— personas receptoras de su corrupta forma de pensar, no obstante que la existencia de dichos grupos fue mucho tiempo negada por el gobierno estadounidense.

El terrorismo ha existido desde tiempos remotos. Es un fenómeno “... tan viejo como la humanidad misma y sus eternos conflictos”.² Sin embargo, la capacidad de los sucesos del 11 de septiembre para restar de forma tan dramática la importancia a otros temas de la agenda internacional no puede entenderse sin estudiar el contexto en el que se desarrolló, “si no lo analizamos dentro del espectro general del fenómeno de la globalización”³ y que sucedió en el corazón mismo del imperio hegemónico.

Así pues, el estudio del terrorismo no puede apartarse del de la globalización. Empero, el fenómeno no se limita a lo que hay en el entorno del 11 de septiembre: basta recordar a ETA y al ERI en Europa, o a las FARC, Sendero Luminoso y —¿por qué no?— hasta el propio EZLN.

Con una portada sugestiva, donde —entre otros detalles— se puede observar un cartel que dice: “El 11 de septiembre de 2001 también 35 615 niños murieron de hambre”, lo escrito en los párrafos anteriores se puede estudiar con detalle, sagacidad, fundamentos sólidos y con un lenguaje sencillo y ameno.

¹ Ma. Cristina Rosas (coord.), *Cuando el destino nos alcance... Terrorismo, democracia y seguridad*, UNAM/Quimera/ Universidad Nacional de Australia, México, 2002, página x del Prólogo.

² *Ibidem*, p. 23.

³ *Ibidem*, p. 24.

Cuando el destino nos alcance... Terrorismo, democracia y seguridad es un libro que surge en el momento en que George W. Bush insta y presiona para invadir a Iraq como lo hizo su padre durante la “Tormenta del desierto”, sólo porque ese país sucedió a Afganistán en la lista famosa del “Eje del mal”, en el que Cuba, por cierto, también está incluida.

La guerra de Bush padre se sitúa dentro de la década llamada del “fin de la historia”, mientras que la de su hijo se sitúa en los años del “regreso de la historia”. El mundo cambió desde el fin de la Guerra Fría y la caída del comunismo real, pero los escenarios de beligerancia parecen ser los mismos y contra un enemigo común, que no obstante ahora le atribuye el grado de “terrorista” a Saddam Hussein, que a pesar de todas las miríadas de críticas y reproches que se le puedan hacer, no deja de ser un jefe de Estado.

Entonces la pregunta que surge es esta: ¿el terrorismo puede ser promovido por un jefe de Estado identificable, con nombre y representantes ante diversos organismos internacionales, o necesariamente es promovido por alguien desconocido y desde las sombras? El libro discurre entre estas y otras interrogantes, y proporciona con un alto rigor académico las respuestas para comenzar a entender un viejo fenómeno con matices nuevos.

Por ejemplo, ¿se puede comparar a Hussein con Osama Ben Laden, a quien por cierto no se ha logrado vincular de manera fehaciente con los atentados del 11 de septiembre? ¿O se puede asegurar que el EZLN, en México, no sólo es una guerrilla, sino un movimiento de tipo terrorista? ¿Se puede definir como terrorismo a los movimientos de supremacía blanca en Alemania o Estados Unidos, o como sólo un grupo de desquiciados? La discusión en torno a esto se enriquece a través de las páginas del libro.

No obstante, lo que puede interesar más al lector quizá sea el debate entre la pérdida de libertad y el aumento en las medidas de seguridad dentro de un país en aras de la tranquilidad y los valores de la democracia. “Los fundamentos de la vida democrática no parecían amenazados por los ataques precedentes de terroristas externos e internos. El 11 de septiembre, sin embargo, abrió un debate amplio en este delicado tema que vale la pena analizar”.⁴ El Estado se enfrenta a un enemigo desigual, aunque quizás no menos poderoso, pero defi-

⁴ *Ibidem*, p. 86.

nitivamente distinto, por lo que las reglas cambian e incluso, para poder proporcionar seguridad a sus habitantes, pueden llegar a “estorbar”. Y esto es muy peligroso porque atenta contra la legitimidad del propio Estado y restringe las libertades de las sociedades.

Respecto al uso de la fuerza armada regular contra grupos terroristas, el debate a fondo discurre entre argumentos sobre seguridad (defensa), castigo, disuasión, correspondencia entre una fuerza y otra y el papel que juegan las poblaciones civiles. ¿Es legítimo enviar a un ejército para atacar a un país acusado de resguardar a terroristas, donde seguramente habrá, como en el caso de Afganistán, más muertos civiles en los combates que los muertos que provocaron los propios ataques terroristas? Por otro lado, ¿es válido “[...] utilizar la fuerza militar en contra de un Estado para capturar o lograr la extradición de sospechosos de crímenes contra la humanidad [...]”⁵ como en el caso de Yugoslavia? ¿Qué es peor: ser genocida o ser terrorista? ¿Quién resulta más detestable: Slobodan Milosević u Osama Ben Laden?”⁶

Como toda buena obra académica, este libro se adentra en consideraciones muy específicas que, en apariencia, no tienen relación entre sí algunas de ellas, pero que conforme se va leyendo va proporcionando al lector los elementos para la reflexión hacia la que sus autores desearon conducirlo. Aunque el lenguaje cambia en algunos capítulos de primera a tercera persona, dependiendo del autor, eso no es en ningún momento un cambio drástico en la redacción general de la obra, que —como ya se mencionó— contiene un lenguaje sencillo y ameno. Lo importante, en todo caso, es que el libro tiene la capacidad de “atrapar” al lector y hacerlo reflexionar.

Por ejemplo, ¿cuántas veces se mencionó desde el 11 de septiembre de 2001 que las repercusiones del cierre fronterizo de Estados Unidos iba a ser perjudicial tanto para Canadá como para México? Pocas veces, no más allá de lo que sucedió los primeros días cuando fueron cerradas por completo, y sin embargo el trasfondo es mucho más complicado, porque —en el caso de México— altera visiblemente las negociaciones sobre migración y comercio que se llevaron a cabo pocos días antes con la visita del presidente Fox a Washington. Lo curioso del asunto es que “el terrorismo no tie-

ne ningún respeto por las fronteras. Empero, un control más férreo de las fronteras seguramente que no será suficiente para disuadir a quienes deliberadamente buscan causar daño...”⁷ pero, por el contrario, afectan de manera desmedida las relaciones de por sí ya desiguales entre vecinos desiguales, como Estados Unidos y México, lo que invita a reflexionar por largas horas.

Cuando el destino nos alcance... Terrorismo, democracia y seguridad es una obra muy completa. Analiza cuánto cambió el mundo después del 11 de septiembre, pero también subraya con énfasis que el terrorismo no es un fenómeno nuevo, sino que simplemente —en el caso de los ataques a Estados Unidos— se situaron en un momento que magnificó sus alcances, pero que al mismo tiempo, ese día, murieron 35 615 niños y no hubo ni un minuto de silencio, ni una nota en los diarios ni grandes muestras de solidaridad sobre el particular.

El papel de Naciones Unidas, específicamente del Consejo de Seguridad, no es soslayado. Desde la emisión de la polémica Resolución 1373 hasta sus esfuerzos por catalogar los posibles países productores de armas químicas y biológicas, las páginas del libro abordan de manera muy sistematizada el papel de la organización, toda vez que de ella dependen las modalidades en que se puedan dar las respuestas de los Estados afectados en aras de su “seguridad nacional”.

Y sin embargo, parece una ironía del destino el hecho de que Iraq, fuera en un momento, aliado de Estados Unidos contra Irán, y se haya convertido en el objetivo militar por segunda vez en tan sólo una década, y es más irónico aún que justo quien se cree que provocó los atentados del 11 de septiembre fue un antiguo aliado de Estados Unidos contra la Unión Soviética, y que quizá tuvo relación con los negocios petroleros de la familia Bush: Osama Ben Laden.

Como la obra fue coeditada por la UNAM y la Editorial Quimera, y contó con el apoyo de la Universidad Nacional de Australia, no podía faltar un capítulo que analizara en particular el papel que juega Australia en el tema del terrorismo (el capítulo es muy afortunado, porque contribuye a disminuir el desconocimiento generalizado sobre dicho país en México). Aunque es el más breve de toda la obra vale mucho la pena estudiarlo con detalle. Basta recordar que Australia está situada al sur de una zona muy conflictiva.

⁵ *Ibidem*, p. 110.

⁶ *Ibidem*, p. 168.

⁷ *Ibidem*, p. 119.

Cuando el destino nos alcance... Terrorismo, democracia y seguridad finaliza tras dedicar dos capítulos a las armas biológicas y químicas, en los que por cierto se deshacen muchos tabúes, pero nos sorprenden con información innovadora, amplia y profunda.

En conclusión, es un libro que fascina, recuerda hechos pasados y propone acciones a futuro, pero lo más importante es que no minimiza el problema del

terrorismo, si bien nos recuerda —con un fuerte llamado— que no lo es todo en la agenda internacional.

Ma. Cristina Rosas (coord.),
*Cuando el destino nos alcance...
Terrorismo, democracia y seguridad*,
UNAM/Quimera/Universidad Nacional
de Australia, México, 2002, 280 pp.